

QUERELLAS COSTUMBRISTAS: LA MUJER ESPAÑOLA A AMBOS LADOS DEL ATLÁNTICO

Gregorio C. MARTÍN
(Duquesne University, Pittsburgh)

Aceptado: 20-VII-2001.

RESUMEN: *En 1829 un periódico de Nueva York publicó en francés un artículo donde vituperaba la apariencia y modales de la mujer española, la cual había recibido en los libros de viajes grandes elogios por su belleza e ingenio. Era difícil para los españoles salir en defensa de sus mujeres porque la censura de Fernando VII tenía amordazada la prensa. Sin embargo, lo hizo con acierto El Correo, y llamó la atención sobre la necesidad que tenían los españoles de comenzar a pintarse por sí mismos para corregir la imagen deformada que los extranjeros podían dar de las cosas y gentes de España, no sólo por ignorancia, sino con intención. Tenía razón el periódico madrileño al sospechar mala fe. El artículo del diario neoyorquino era parte de una campaña de prensa contra España por razones políticas y económicas, después de la caída del gobierno liberal en 1823. Palabras clave: Siglo XIX, costumbrismo, vituperio, mujer española, imagen en América, El Correo, defensa.*

ABSTRACT: *In 1829 a New York newspaper published an article degrading the appearance and behavior of Spanish women, previously lauded in the press for their elegance and wit. It was difficult for the Spaniards to respond in defense of their women because of the censorship policies of Ferdinand VII. Nevertheless, El Correo managed to do so, calling attention to the need for Spaniards to responsibly depict themselves as a means of correcting the deformed image that foreigners could project, whether deliberately or out of ignorance, of Spanish customs and people. The Madrid newspaper had good reason to suspect intentional maligning. The article in the New York daily was part of a press campaign against Spain, conducted both for political and economic reasons, following the fall of the liberal government in 1823. Key words: Nineteenth century, morals and manners, vituperation, Spanish women, American image, El Correo, defense.*

Las obras costumbristas que se publican en España ya avanzado el siglo XIX, y cuyos títulos matizan con intención que han sido escritas por españoles, dan a entender la existencia de otras publicaciones, también sobre costumbres nacionales, escritas por foráneos. Esos títulos despiertan en el lector recelo sobre la veracidad de los cuadros costumbristas que pinta el observador de fuera y un deseo de cotejar sus yerros con las enmiendas que hacen los escritores de casa. Sucedió en no pocas ocasiones que las discrepancias pasaban los límites de lo descriptivo, y la imagen que un viajero o un

diplomático formaba —a su paso por España— de un torero, de un gitano, de un aguador o de una mujer, además de no coincidir con la que tuvieran los españoles, era utilizada con fines muy distintos a los del retrato de costumbre, como espero mostrar en este trabajo.

En el siglo XVIII, Madame de La Tour du Pin escapó con su marido de la guillotina francesa y se entretuvieron como granjeros en las cercanías de Albany (Estados Unidos) a la espera de mejores vientos políticos en Europa. Cuando llegó el cambio, regresaron al viejo continente en 1796, vía Cádiz y Madrid. En la capital de España, Madame de La Tour quedó tremendamente impresionada de la cortesía y buenos modos de la baronesa de Andilla, a quien no duda en calificar como una «of the most beautiful women in the world» (293).²¹ Pero estos lauros no eran nada nuevo para los españoles, que tenían ya otros testimonios de cómo las bellezas de sus mujeres impresionaba a los visitantes, los cuales describían siempre con gran admiración y detalle los pies de la mujer española.

Ciento diecisiete años antes que Madame de La Tour, otra gran dama de la sociedad francesa, Marie Catherine le Jumel de Verneville, Madame d'Aulnoy, vivió en España desde 1679 hasta 1681. Diez años más tarde, en 1791, publicó *Relation du Voyage d'Espagne* que, como otras de sus obras, fue traducida a varias lenguas.²² Posiblemente ella ha pintado a las mujeres españolas con más detalle que nuestros costumbristas del siglo XIX. Nada escapó a la observación de esta mujer de gran mundo y escritora prolífica: la cabeza, el pelo, los dientes, los senos, la ropa interior y, cómo no, los pies de las mujeres de la corte de Carlos II son descritos meticulosamente por Madame d'Aulnoy. Escribe de dicha parte anatómica: «In its kind there is nothing pritier». Son tan pequeños, agrega, que sus zapatos parecen los de nuestros niños; en lugar de andar, da la impresión que flotan; mantienen los brazos junto a las caderas y pueden andar sin separarlos de ellas; en cien años, afirma Madame d'Aulnoy, no podríamos nosotras andar como ellas andan. Es como si se deslizaran (200).

Después de los pies, la otra parte del cuerpo que fascina más a los extranjeros son las manos de la mujer española. Según Madame d'Aulnoy: «Their hands have not defect, they are little, white and well shaped». En general, dice de nuestras mujeres: «One may say that they are like things made out of rule, for they have neither hair, nor cornet, nor ribbon to set them off, and yet what country can show eyes as theirs?» (208).

²¹ En Madrid, Madame de La Tour se alojó en la Fonda de San Sebastián que, según dice, era «una posada mediocre en una pequeña calle, donde teníamos una habitación bastante buena». Además de los monumentos, le agradaron la excelente carretera entre el Puerto de Santa María, Jerez y Córdoba, por donde ella, en el sexto mes de embarazo, viajó «sin sufrir más molestias que si me hubiera quedado tranquilamente en casa»; le atemorizó y sorprendió cómo las mulas de las diligencias obedecían la voz y el látigo del mayoral, quien no disponía de brida para dirigir las; le encantaron las meriendas junto a las fuentes del camino, y los pueblos de La Carlota, La Carolina, Aranjuez (verde oasis en el medio del desierto) y El Escorial. Pero no le gustaron las sucias y tórridas posadas con camas asquerosas, carentes de comida, ni cuando el mayoral —ya en camino— recordó que había olvidado la chaqueta, paró la diligencia bajo un sol abrasador y tuvieron que esperar hasta que alguien regresó a recuperarla a Madrid y volvió.

²² Me valgo aquí de la versión inglesa.

Pero los extranjeros no admiran sólo los encantos físicos de la mujer hispana. Madame d'Aulnoy escribe que «their conversation is free and pleasant, and it much needs be confessed that they have a certain quickness of wit which we cannot come up to... they love to praise, and do it after a gentle way... and great judgment. I am amazed to find such strength of memory joined with so great a degree of wit and understanding. They are compassionate, even almost to a fault. They read little and write no much; but yet by that little which they do read, they improve much, and that little they write is both exact and concise» (207).

Gran amiga de Madame Staël y de Madame Recamier, la Duquesa de Abrantes viajó a España con su marido el mariscal Junot ciento cuarenta años más tarde que Madame d'Aulnoy, visitó a la Duquesa de Osuna y le impresionó su extraordinaria simpatía y elegantes modales, lo mismo que los de las hijas de la Duquesa, la Marquesa de Santa Cruz y la Marquesa de Camarasa. La Duquesa de Osuna tenía su casa perfectamente adornada con el gusto más exquisito: el gusto francés, por supuesto, lo cual no olvida resaltar Madame Junot (II, 251). Incluso la Reina María Luisa, ya desdentada entonces, con quien se entrevistó en Aranjuez, tenía unas manos excesivamente bellas (II, 257), y la Duquesa de Aravaca, cuando le prestó un piano en Valladolid, se lo mandó con una nota elegantemente escrita (III, 203). A Madame Junot también las monjas españolas le parecieron de una belleza incomparable. Opinión que, por lo que ella escribe, compartían los oficiales franceses.

Estas son las opiniones que de las españolas nos dejaron tres damas de la alta sociedad francesa. Las tres destacan más los encantos físicos, los modales de lo que se consideraba entonces buen tono. Aunque escriben en épocas muy diferentes, desde la segunda mitad del siglo XVII hasta la primera década del XIX, sus opiniones coinciden: la mujer española era bella, inteligente y con buenos modales. Para tener una idea más completa, veamos la opinión de los hombres.

Sébastien Blaze dice en sus memorias que las españolas son de ojos seductores, corazón ardiente y alma apasionada (43), y afirma que cuatro años de servicio en España, principalmente en Andalucía, dejan en el alma grandes huellas de amor (73). Alexander Slidell-Mackenzie, joven de Boston que vivió un año en España, dice que el cuerpo de las madrileñas es «faultless, her foot is, however her chief care. Her teeth are pearly, lips red, eyes full, black, and glowing. Such is the *Madrileña* at rest; when she advances, each motion becomes a study. Her step... is harmonious, and the rapid action of her arms is... an index to the impatient ardor of her temperament... she beams benignantly upon you, and returns your salute with an inviting shake of her fan. Then if you have a soul, you lay it at once at her feet, are ready to become her slave forever» (I, 240-41). Ante tales atributos, Slidell-Mackenzie no duda en definir a la mujer española como «a most fascinating creature (...), and of such perfect flexibility, that when she moves, every gesture becomes a grace, and every step a study» (II, 320).

Cuando Charles A. Goodrich publica en 1839 su *Universal Traveler Designed to Introduce Readers at Home to an Acquaintance with the Arts, Customs, and Manners of the Principal Modern Nations of the Globe*, menciona también que las españolas tienen pies pequeños, bien formados y llevan sus faldas a propósito para que se vea esta bella parte de su cuerpo. Goodrich destaca igualmente la gracia con que las

españolas usan el abanico con sus «telegraphic purposes» (263), e informa a sus lectores que las mujeres de la Península tienen dientes «white as the driven snow, and their whole person is kept perfectly sweet,» y son «handsome, delicate of cute wit, and smart in conversation» (264). Como vemos, coincide con los anteriores.

Lo que escribían estos viajeros en sus libros lo había mantenido también la prensa americana. En Nueva York, *The Statesman* (7-10-1823) menciona el arrojo de las mujeres catalanas que defendían la ciudad de Barcelona contra las tropas de Angulema. Años más tarde (14-2-1826), nota el mismo periódico que el vestido de las españolas era «remarkably elegant» y adornaban sus «feet with neatness, and their little shoes fit closely»; al compararlas un inglés con las mujeres de su país, contra su voluntad, dice el periódico americano, tiene que reconocer «the majesty of the Spanish beauty, and... the commanding superiority of these dark-eyed and fine-formed damsels».²³ *The Statesman* valora también la elegancia de las mujeres españolas en el marco de la sociedad francesa, lo cual es importante para este trabajo que trata de juzgar un artículo contra las mujeres españolas, escrito en francés y publicado en la ciudad de Nueva York. Informa el periódico americano que en una fiesta celebrada en Marsella para conmemorar el cumpleaños de Washington, su corresponsal, quien escribe con detalle los pormenores del ágape, notó que dos «of the most handsome and most accomplished of the circle were Spanish ladies. One of them was peculiarly beautiful» (15-12-1826).

Finalmente, un observador inglés, embajador, joven, amigo de los costumbristas españoles, protector y hacedor del ministro Mendizábal, George William Frederick, escribe a su hermana desde Madrid el 8 de julio de 1834: «There is not lack here of black eyes and pretty feet... It is impossible not to observe all those matters» (I, 73). Frederick trata de no mostrarse muy apasionado, para tranquilizar a su hermana, quien temía que el ministro británico pudiera perder la cabeza y casarse con una madrileña. Notamos otra vez que los pies de las mujeres seguían ganando admiradores a los ciento sesenta años de haberlo notado Madame d'Aulnoy. No se trata de la descripción costumbrista de una época, ni del favor especial de unos admiradores, sino de un don inherente a las españolas, reconocido por franceses, ingleses y americanos; don que ellas sabían usar con gracejo e ingenio para atraer, conquistar y hacerse valer más. Es natural que, después de tantos años, los españoles acepten como un hecho indiscutible la belleza de sus mujeres y estén orgullosos de ello. Sin embargo, los gustos son variables, y mucho más cuando de belleza se trata.

El 14 de febrero de 1829, se publicó en Nueva York un artículo escrito en francés («Les Femmes en Espagne», *Le Courier des Etats Unis, Journal Politique et Littéraire*).

²³ En abril del año 2000, leí este trabajo en el Congreso de la Universidad de Kentucky (Estados Unidos), donde es profesor mi buen amigo Brian Dendle. Al vernos otra vez en el Congreso de 2001, Brian me indicó que en la novela *El final de Norma*, de Pedro A. de Alarcón, hay dos referencias a los pies grandes de las inglesas: «¿Y Norma? —se dijo—. ¡Es una aventurera, una cómica! [. . .] ¡Y es inglesa! ¡Es decir, tendrá los pies grandes!» (parte 2ª, capítulo 2º, «Los ultimátum de Serafín»); y en el capítulo 6º («Serafín reflexiona»), «Las inglesas tendrán los pies... como Dios se los haya dado... Pero ni ella es inglesa, ni puede tener los pies grandes».

re, nº 51) que trataba con desaire a la mujer española. Después de los elogios recibidos durante tantos años, como hemos mostrado, el artículo de *Le Courier* produjo la natural sorpresa entre los españoles y la consiguiente discrepancia, si bien la falta de prensa hacía imposible dar a conocer en España la querrela en pro y en contra de sus mujeres.

El artículo del periódico neoyorquino tiene tres partes, cada una con un objeto determinado. La primera y tercera critican a la mujer española en general, con una parte intermedia dirigida contra las andaluzas en particular. Que el autor dirija su escarnio por separado contra las andaluzas y se olvide de describir mujeres de otras regiones en particular —lo cual sí hacen otros viajeros— deja entrever ya sus verdaderas intenciones. La andaluza, como veremos, era imprescindible para la finalidad de su artículo. El autor no dice si sus conclusiones eran consecuencia de una observación personal; pero no cabe duda que, por lo menos, había leído los atributos de la mujer española mencionados ya, y el comienzo de su trabajo es una enumeración de todos: ingenio, vivacidad, alegría, belleza, habilidad en la expresión, espíritu seductivo, etc.. Sin embargo, no piensa que sean méritos cuando se trata de las españolas, sino máscaras de encantamiento para ocultar una realidad muy diferente. Conversación con palabras bonitas y graciosas, sí, pero también una conversación rutinaria, porque la mujer española debe todo al instinto y no tiene más que lo que la naturaleza graciosamente le ha otorgado; como no han sido modeladas con las normas de la buena educación, son seres semisalvajes. En realidad, las españolas son analfabetas porque sus padres —afirma el autor— por desprecio o por pereza, no enseñan a leer a sus hijas. Sienta de esta manera las bases de su artículo, cuya intención es presentar a España como una sociedad sin valores, como un caos que comienza con la familia, base de la sociedad.

Presentada la mujer española como un ser furtivo que ha irrumpido en la sociedad con los hechizos de su ingenio, concentra el autor su ataque en las andaluzas porque eran consideradas las más españolas de España. Si se quería observar lo impoluto de los español había que buscarlo en Andalucía, no manchada aún por los influjos foráneos que habían invadido el norte de la Península. Por lo tanto, para denigrar a las españolas era imprescindible desdorar antes a las andaluzas.

El sistema es el mismo de la primera parte. La andaluza era admirada por su corazón ardiente y su amor apasionado. El autor respeta esta imagen, pero dice que en realidad la andaluza es una mujer extremadamente celosa que, como todas las españolas, quiere ser amada en exclusiva. Es decir, es egoísta e incapaz de albergar ningún sentimiento noble porque su corazón es de hierro y desconoce igualmente otros modos más civilizados de interesar, como la coquetería. El amor de la andaluza es entonces el resultado de una naturaleza en estado de barbarie, lo cual trata de ilustrar el autor cuando menciona que la andaluza acude a las fiestas sangrientas del circo (los toros, por supuesto) y a las ejecuciones. Por lo tanto, si las españolas en general eran de por sí analfabetas, las andaluzas —las españolas más españolas— son egoístas, ignorantes e insensibles hasta lo salvaje.

Después de lo dicho, es difícil hallar más maldades en un ser humano, pero el autor ha cubierto sólo la mitad de su cometido. Concluye la crítica a la mujer andaluza para

volver a la española en general, no como persona con sus virtudes y defectos, sino como miembro de la sociedad. El articulista francófilo descubre también desde esta perspectiva que las mujeres españolas son unos seres completamente inútiles y destructivos porque son vagas, chismosas, no trabajan, desdeñan las ocupaciones de la casa y pasan el día sentadas al balcón chismorreando sobre el modo de ser y de vestir de los transeúntes. Aún hay más, porque estas mujeres viven en un país habitado por ciudadanos cuya norma de vida es la doblez, pues conviene «ser o por lo menos parecer beato». Si la española es rutinaria, analfabeta, celosa, egoísta, ignorante, insensible, bárbara, vaga y chismosa, como la ha pintado el autor hasta ahora, ¿por qué no puede ser también hipócrita, si vive en un país donde la hipocresía es la norma? A partir de ahora, critica desde dos direcciones para deshacer definitivamente cualquier duda que pudiera quedar sobre el falso amor de la española y sobre su abandono. No es suficiente decir que las españolas llevan medallas y van a la iglesia, hay que presentarlo dentro del contexto social de esta parte del artículo para dar al lector la imagen de unos seres socialmente inútiles. Elige el amor, sentimiento que, para ser verdadero, supone una entrega total por el ser amado. Las españolas, en sus relaciones amorosas, no regalan a los amantes algo hecho con su propio esfuerzo —un pañuelo bordado, por ejemplo—, sino reliquias y escapularios para mantener su imagen de beatas en un país de beatos, no por lo que sienten, y ya ha dado a entender antes que son incapaces de sentimientos nobles. Ilustra de este modo lo limitado del amor de la española y su mucha hipocresía. Sin embargo, estas mujeres que tienen mano corta para dar, la tienen larga para recibir y aceptan regalos de cualquiera: son avaras. También son fumadoras, pero aquí halla el autor algo bueno: el tabaco que fuman las españolas es excelente.

Al articulista neoyorquino le molesta que en España las criadas estén siempre con sus dueñas y hablen con la familia, lo que juzga de una vulgaridad extrema y no un ejemplo de llaneza. Él escribe en la única democracia de aquellos años, lo cual no es óbice para que favorezca la diferencia de clases como un bien social, sin que vea en ello un ápice de hipocresía.

El insulto más grande lo deja para concluir el artículo. A una mujer que había descrito Madame d'Aulnoy como de gracia inimitable; Madame de La Tour, como de las más bellas del mundo; Madame Junot, de gustos y modales exquisitos, y a quien, según Mackenzie, cualquier hombre estaría dispuesto a entregar su alma para siempre, que la tacharan de analfabeta, de celosa, de egoísta, de ignorante, insensible, salvaje, vaga, chismosa, hipócrita, avara y vulgar no podía ofenderla tanto como que la tildaran de hombruna y pendenciera. Dice el autor que en España las damas llevaban antes «pequeños puñales en el seno y en la liga», y agrega que «en el día se ven pocos casos». Es decir, en el mundo civilizado de ahora, las españolas, algunas por lo menos, siguen llevando puñales, una prueba más del barbarismo que el articulista ha ido matizando a lo largo de su trabajo.

La represión de la España fernandina hacía casi imposible contestar adecuadamente al articulista americano, pues no había libertad de prensa y el control de lo poco que se escribía y leía era rigurosísimo. Pero no se fue sin respuesta.

Antes de cumplir su primer año de existencia, *El Correo. Periódico Literario* y

Mercantil publicó la réplica al zoilo americano en su número 156 (10 de Julio de 1829). El artículo «Vindicación de las mujeres españolas: Respuesta a un periodista extranjero que hablando de ellas ha publicado un artículo lleno de absurdos y mentiras» tiene gran interés por la agudeza con que el autor percibe que, bajo la apariencia de unos cuadros costumbristas, lo que se pretende realmente es crear una imagen degradada de todo un país. El autor español expone ya la necesidad que hay de que los autores nacionales describan los atributos de sus conciudadanos. Tienen que hacerlo, dice, por dos razones: para «volver por su país en todo aquello en que deba defenderse», y para «hacer ver a los que escriben por fuera que pudieran usar de más circunspección y no burlarse tan abiertamente de la credulidad de sus lectores». ²⁴ Es decir, hay una falta total de ética profesional que se apoya en la fe e ignorancia del público lector, lo que facilita que el autor se valga libremente de todos sus prejuicios para mancillar en lugar de informar. *El Correo* da ya aquí el toque de alarma sobre una imagen falsa que se propaga de lo español, hecha a la ligera por quienes escriben en ambientes más favorables sin riesgo de ser enmendados. «Los extranjeros», dice, «hablan con suma facilidad de nuestras cosas y de continuo dan lugar a muy fundadas reputaciones». Era urgente, pues, comenzar a pintarse por sí mismos.

El autor de *El Correo* defiende a las españolas y lo hace con mesura, apoyándose en el hecho de que el articulista neoyorquino incluye en su vilipendio a todas sin excepción, y en que algunos sentimientos—los celos, por ejemplo—son comunes a todos los humanos y nadie está libre de sentirlos. «Sobre este asunto», dice, «todo el mundo es país». Pero si el autor americano ha escrito lo que ha escrito basado en la experiencia personal, su integridad moral queda entonces en entredicho, apunta el articulista de *El Correo*, por buscar relacionarse sólo con una clase de mujeres que puede hallarse en cualquier país del mundo sin necesidad de viajar a España. Las descripciones que hace el periodista de fuera «de las costumbres y usos de las mujeres españolas», puntualiza el autor de casa, son «triviales» y escritas a «la ligera» para entretener «a cuatro odiosos mentecatos y deslumbrar a algunos desprevenidos ignorantes».

Estas querellas costumbristas, por el momento histórico en que se publican, ocultan unos propósitos que van mucho más allá del mero artículo de costumbres. Si para Madame d'Aulnoy las españolas poseían todos los encantos que pueda desear una mujer, para Blaze y Mackenzie eran arte que inspiraba arte, gracia que despertaba pasión. Las partes del cuerpo que Madame d'Aulnoy describía con detalle como algo que place a la vista del observador, pasan después a ser motivadores que enriquecen los sentidos para crear actos nobles, no sólo pasiones románticas. Pero ninguno de esos autores escribe en 1828 o 1829, y éstos son años nefastos para España en el ámbito internacional. Gobernada por un rey despótico y unos ministros incapaces de vislumbrar el futuro político del siglo XIX, la prensa nacional se consideró sólo por su efecto interno, destructivo en opinión del régimen. Nadie cató la utilidad de una

²⁴ Mal podían los españoles desempeñar este cometido si no les era permitido escribir. Tenemos aquí un buen ejemplo de cómo la censura de prensa dejaba a España indefensa ante la imagen deformada que, con fines políticos, hacían de ella los extranjeros.

prensa libre como creadora de la imagen idónea en un momento político determinado, y como arma defensiva para contrarrestar por sí misma los efectos de la figura deformada que de un país diera la prensa de otro,²⁵ algo que los Estados Unidos empleaban contra españoles e ingleses en todo el continente americano con pingües resultados. Son años cuando toda América vive bajo el espíritu de la doctrina Monroe: América para los americanos. En medio de este fervor americanista, la campaña para desprestigiar a las antiguas metrópolis es enorme, favorecida por las circunstancias políticas. En el fondo, no se trata de mejorar la vida de unos pueblos, sino de apartar a otros, de adquirir fuentes de riqueza, de influencia económica. Es ahora cuando los españoles son expulsados definitivamente de la antigua Nueva España, algo que, a todas luces, no podía revertir un país en bancarrota. Sin embargo, la tozudez despótica de Fernando VII y la ineptitud de sus ministros pretendían —e intentaron— volver a conquistar México. La insistencia por emprender esta descabellada e imposible aventura atrajo la atención de toda la prensa americana, cuya influencia era ya enorme entonces, que presentaba de España la imagen de un país totalmente depravado desde 1823. De este modo, aunque considerada nación decrepita, España se convirtió para el lector americano en fuente de todos los males, desde el despotismo político y la barbarie represiva, hasta ser culpable por sí sola de la esclavitud y de la piratería. Los periódicos americanos abundan en esta clase de artículos. El estudiado aquí persigue el mismo fin, seguro su autor de que cualquier cosa que se diga contra España se lee con agrado sin dudar su veracidad. Intenta de paso desdorar lo poco bueno que, en opinión del resto del mundo, le quedaba a la España de entonces: la imagen de sus mujeres. Estas pinturas de los de acá hechas por observadores de allá pedían, a juicio de los españoles, una reinterpretación que diera la perspectiva de los de dentro, la verdadera, y enmendara la falsa pintada por los de fuera. Había que corregir y pintar la imagen de los españoles desde España, plasmar el modo de comportarse con una identidad por aquellos que la poseen, no por quienes sólo la observan. Y como el costumbrismo llega a España tarde con respecto a Europa, la necesidad de aclarar tiene también un valor histórico, pues hay que pintar para las generaciones futuras las costumbres del momento antes que las borren del recuerdo otras impuestas por la modernidad. Hasta cierto punto, lo había hecho también el observador extranjero, pero no siempre con una intención noble, como acabamos de ver, sino que, impulsado por la doblez de la intriga política, usaba el artículo de costumbres como medio para intuir en los lectores una imagen espuria de todo lo español.

²⁵ Lo que intentó Fernando VII en los últimos años, tanto en Europa como en América, no podía lograr en el exterior el impacto político deseado, al tratarse de una prensa subvencionada por un gobierno que no permitía la libertad de expresión dentro de su propio país. No es necesario mencionar el aspecto panfletario de aquellos impresos al compararlos con los diarios americanos.

BIBLIOGRAFÍA

- AULNOY, Madame d', *Travels into Spain*, edited by E. Denison Ross and Eileen Power, introduction and notes by R. Foulché-Delbosc, London, George Routledge & Sons, Ltd., 1930.
- BLAZE, [Marie-]Sébastien, *Memoires d'un Aide-Major sous le Premier Empire. Guerre d'Espagne (1808-1814)*, nouvelle éd., preface by Napoléon Ney, Paris, Ernest Flammarion, n. d.
- GOODRICH, Charles A., *The Universal Traveller. Designed to Introduce Readers at Home to an Acquaintance with the Arts, Customs, and Manners, of the Principal Modern Nations on the Globe. Embracing a View of their Persons-Character-Employment-Amusements-Religion-Dress-Habitations-Modes of Warfare-Food-Arts-Agriculture-Manufactures-Superstitions-Government-Literature, &c. &c.*, Hartford, Canfield and Robins, 1839.
- JUNOT, Madame, Duchesse d'Abrantès, *Memoirs of the Emperor Napoleon from Ajaccio to Waterloo, as Soldier, Emperor, Husband*, with special introduction by S. M. Hamilton, editor of «Letters to Washington», New York & London, M. Walter Dunn, Publisher, 1901.
- MAXWELL, Sir Herbert, *The Life and Letters of George William Frederick, Fourth Earl of Clarendon*, 2 vols., London, Edward Arnold, 1913.
- LA TOUR DE PIN, Madame, *Memoirs of Madame de La Tour de Pin*, ed. and trans. by Felice Hartcourt, with an introduction by Peter Gay, New York, The McCall Publishing Company, 1971.
- A Year in Spain*. By a Young American, 2nd ed., 2 vols., New York, G. & C. & H. Carvill, 1830.